

LA CIENCIA FICCIÓN Y EL VIAJE AL ESPACIO INTERIOR

Guillermo Niño de Guzmán *

“Basta que un hombre encadenado cierre sus ojos para que pueda hacer estallar el mundo”. Esta frase clarividente pertenece a Octavio Paz y, aunque da en el blanco al aludir al poder de la imaginación, tambalea, sin embargo, ante la luz cegadora de la bomba de Hiroshima. Porque un hombre libre es capaz de crear un instrumento de destrucción (o, mejor dicho, autodestrucción) que desafía los límites de lo verosímil. En esta confrontación entre lo posible y lo real se encuentra el germen de una de las vetas más ricas y estimulantes de la literatura de nuestra época: la ciencia ficción.

Este género es uno de los más populares pero ha sido continuamente menospreciado por los estudiosos y críticos. Ha sido encasillado como mera literatura de evasión o subliteratura, etiqueta que suele ponerse a novelas policiales, de espionaje, del oeste, románticas, eróticas, de misterio y de terror. Sin embargo, como bien dice J.G. Ballard, uno de los más brillantes cultores de esta vertiente, “lejos de ser un medio de entretenimiento escapista, la ciencia ficción ha sido siempre un barómetro sensible de la situación cultural y política de la época”. Y no le falta razón, más aún cuando uno se percatara de que gran parte de las pesadillas y de los sueños colectivos del hombre del siglo XX han sido explorados a través de esta literatura.

Por supuesto, muchos de estos temas han sido tratados por la narrativa fantástica, lo cual genera algunas confusiones a la hora de fijar los linderos. Según André Breton, “lo más admirable de lo fantástico es que lo fantástico no existe, todo es real”. Y esto es algo que puede aplicarse a la ciencia ficción, aunque teóricos como Todorov la ubiquen fuera de la esfera de lo fantástico. Pero, más allá de especificaciones académicas, lo cierto es que la ciencia ficción cuenta con un ámbito propio que, con el tiempo, se ha ido expandiendo hasta arribar a niveles insospechados. Porque es un género capaz de abarcarlo todo, desde una inmersión en el mundo microscópico hasta una travesía sideral o una aventura en la realidad virtual de los ordenadores. En el mejor de los casos, al decir de Ballard, es una fantasía especulativa que promueve “un método particularmente potente para usar la imaginación con el objetivo de crear un universo paradójico en el que sueño y

realidad se funden, de modo que cada uno conserva su cualidad distintiva y no obstante asume en parte el papel contrario, un universo en el que una lógica innegablemente negra se vuelve simultáneamente blanca”.

La ciencia ficción ha alcanzado, en los últimos decenios, un grado de abstracción y complejidad que contrasta con la ingenuidad de sus inicios. Una de las ideas equivocadas respecto a ella es la creencia de que sus temas se reducen a los viajes interplanetarios y las invasiones extraterrestres. Desde luego, durante buena parte de su evolución la conquista del espacio fue una de sus preocupaciones fundamentales. El salto, empero, desde La guerra de los mundos de H.G. Wells hasta las Crónicas marcianas de Ray Bradbury, es significativo. Ahora que la humanidad ha logrado enviar dos ojos artificiales a Marte, esa obra pionera vuelve a cobrar vigencia. Aunque, claro, aún nos hallamos lejos de las colonias terrícolas que la imaginación deslumbrante del escritor norteamericano instaló en el planeta rojo. En realidad, Bradbury es un fabulador único e irrepetible, una suerte de poeta de la ciencia ficción en el que prevalece el asombro del niño que sueña con llegar a las estrellas que observa desde la ventana de su habitación.

El renovado interés por Marte nos invita a reflexionar sobre las expectativas que generó la carrera espacial y que paradójicamente comenzaron a desvanecerse desde que el hombre llegó a la Luna. Como alega Bradbury, luego del primer paso que dio el astronauta Neil Armstrong sobre la superficie lunar, los esfuerzos se orientaron en otros sentidos. Las guerras y conflictos geopolíticos se sucedieron sin cesar, mientras el hombre abandonaba las misiones Apolo y se limitaba a dar vueltas en torno a la Tierra con el transbordador espacial. “Cada vez mirábamos más a nuestros zapatos en lugar de elevar nuestra mirada a las estrellas”, lamentaba el escritor, quien a continuación se preguntaba: “¿Cuál es el sentido de un universo al que nadie ve, un teatro de mundos vacíos?”

Ballard también advierte que, lejos de durar cientos o miles de años, la era del espacio ya ha pasado. El escritor británico observa que si la mayoría de la gente se aburre de los vuelos espaciales tripulados e incluso le resultan indiferentes, ello se debe a que los narradores de ciencia ficción llegaron antes a la Luna. La ciencia, pues, no consigue situarse a la altura de los avances del género. De ahí que se haya optado por un cambio de rumbo de ciento ochenta grados. Ya no se trata de poblar la Luna o de arribar a

Alfa Centauro, sino de indagar en el paisaje interior de la humanidad. La ciencia ficción se hartado de recorrer el espacio exterior y ha vuelto la mirada sobre la Tierra. Y no hay duda de que ha superado a la literatura convencional en su intento por dar una explicación a diversos problemas de nuestro tiempo como los peligros de una conflagración nuclear, el reemplazo de los hombres por las máquinas, los riesgos ecológicos que amenazan la supervivencia del planeta, los excesos de los experimentos biológicos y médicos, el imperio de la realidad virtual y la informática, el culto al desarrollo tecnológico y la alienación de la sociedad de consumo. Desde luego, el nivel de las respuestas no siempre ha satisfecho la complejidad de las preocupaciones, pero uno tendrá que admitir que si un género 'menor' se busca tantas complicaciones es porque ha evolucionado y en definitiva ha dejado de ser inferior.

La influencia de la ciencia ficción en la vida cotidiana es mayor de lo que se podría sospechar y su radio de acción se extiende al cine, la televisión, la publicidad, el vídeo artístico y la iconografía en general. Y si bien no sobresalen tantos nombres en este vertiente literaria, esto se debe -como apunta con acierto Ballard- a que supone un esfuerzo corporativo, similar al diseño del Boeing 747 o de la catedral de Chartres. La ciencia ficción no es, como a menudo se cree, una creación del siglo XX, pues sus orígenes se remontan hasta los primeros decenios del XIX. Incluso hay quienes sostienen que un libro como *Los viajes de Gulliver* de Swift podría ser considerado como uno de los precedentes del género. En todo caso, la criatura concebida por Mary W. Shelley en su *Frankenstein* forma parte del imaginario que desarrollará la ciencia ficción, al igual que *Viaje a la Luna* de Verne o *La máquina del tiempo* de Wells.

El abanico de temas que ha desplegado la ciencia ficción es tan amplio que, con frecuencia, sus fronteras desaparecen o se yuxtaponen con las de otros géneros. Por ejemplo, ¿cómo definir los relatos de Lovecraft? ¿Se insertan en esta vertiente o se circunscriben al ámbito del terror? ¿Y qué ocurre con Borges y sus especulaciones que trascienden los dominios de lo fantástico? ¿Acaso "El aleph" no coquetea abiertamente con la ciencia ficción? ¿El mundo fabuloso de Tolkien pertenece a la fantasía pura? Lo único que está claro es que la creciente influencia de esta literatura empezó a dejarse sentir en autores "serios" desde hace más de medio siglo. Prueba de ello son las incursiones de William Golding, Doris Lessing, Kingsley Amis, Kurt Vonnegut o Italo Calvino (*Las ciudades invisibles* es un aporte indiscutible).

William Burroughs, ese *outsider* que escapa a toda clasificación, ha canalizado su delirio y rupturas narrativas en obras como *Nova express*. Y, por su parte, Anthony Burgess marcó una época -de la mano con Stanley Kubrick- con *La naranja mecánica*..

Sin duda, lo que distingue a la ciencia ficción es su carácter de anticipación, de recreación de un futuro próximo o lejano. Esencialmente ha pretendido dar una respuesta a los progresos de la ciencia, pero también dotar de un marco metafísico a los devaneos del hombre en medio del universo. Uno de los subgéneros más transitados es aquel ligado a la política y las ciencias sociales, en el que destacan novelas como *Un mundo feliz* (1932) de Aldous Huxley o *1984* (1949) de George W. Orwell. Sin embargo, algunos especialistas vacilan a la hora de juzgarlas como muestras de ciencia ficción. ¿Por qué? Porque se trata de alegorías y por tanto son representaciones simbólicas de una realidad que no pertenece al futuro sino al presente. Obras notables como *Sobre los acantilados de mármol* y *Heliópolis* de Ernst Jünger nos vienen a la memoria, así como esa magistral lección sobre la corrupción del poder que es *Esperando a los bárbaros* de J.M. Coetzee. No obstante, pensamos que exceden el marco de la ciencia ficción, más aún cuando ésta ha logrado consolidar un territorio propio en esa línea temática, que es el de las llamadas distopías.

Como se recordará, una distopía es antónimo de utopía y se refiere a una sociedad ficticia donde las tendencias sociales conducen hacia extremos apocalípticos. Una de las novelas más apreciadas de Ursula K. Le Guin, escritora proclive a las distopías, es *Los desposeídos* (1974), que cuenta los avatares de un sobresaliente físico de un planeta aislado en el que prima el anarquismo, quien viaja al planeta madre, en el que se ha establecido un extraño sistema denominado "propietariado". La voluntad del protagonista por acabar con las barreras que alzan el odio y las ideologías incide en la problemática de las relaciones sociales y las posibilidades del idealismo político en el mundo del futuro.

Otra obra innovadora es *Neuroamante* (1984) de William Gibson, quien imagina una sociedad dominada por microprocesadores, electrónicos y quirúrgicos, y en la cual la información se convierte en la más preciada de las mercancías. Se adscribe al subgénero *cyberpunk*, es decir, la novela de ambientación distópica que configura un mundo regido por

grandes transnacionales tecnológicas y en el cual los sistemas de gobierno pasan a un segundo plano.

El espectro que cubre la ciencia ficción es demasiado amplio. En él coexisten las especulaciones científicas de Lem y Asimov, la mirada encandilada pero también severa de Bradbury -como en la fábula apocalíptica de *Fahrenheit 451*-, el ingenio de Richard Matheson, autor de ese descenso al infierno microscópico que es *El hombre menguante*, el carácter visionario de John Wyndham y John Christopher respecto a las amenazas ecológicas, la aventura espacial de Arthur C. Clarke o los androides de Philip K. Dick. Asimismo, la lujuria visual casi surrealista de J.G. Ballard, tal vez el más lúcido y perturbador de los escritores de ciencia ficción de hoy. Su prodigiosa imaginación -sin parangón en la literatura seria- ha cimentado hitos en el género como *El mundo sumergido*, trasunto de un mar uterino, fuente de la creación y vuelta a la matriz que representa la oscuridad del océano. O *Crash*, una originalísima amalgama entre las pulsiones más violentas y destructivas del ser humano y sus inclinaciones sexuales más perversas e insólitas.

En la literatura peruana el interés por la ciencia ficción ha sido marginal. No obstante, hay una rara novela de Clemente Palma que entronca con los antecedentes del género. Nos referimos a *XYZ*, publicada en 1934, en la que el protagonista descubre una isla en la que circulan dobles -una suerte de androides- de famosas actrices de cine del periodo clásico. Es una historia que remite a *La Eva futura* de Villiers de l'Isle Adam, pasa por *La isla del doctor Moreau* de H.G. Wells y llega hasta *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, aquella novela cuya trama Borges juzgaba perfecta y que influyó en la concepción de una película como *El año pasado en Marienbad* de Alain Resnais (por cierto, el impacto de la ciencia ficción en el cine exige un análisis que supera el alcance de estas disquisiciones). Pero esta tentativa de Clemente Palma no parece haber tenido mayor eco en los escritores peruanos de las generaciones posteriores. Salvo por algunos relatos de José B. Adolph y de Juan Rivera Saavedra, la ciencia ficción se mantiene como una región inexplorada en nuestro medio.

Para concluir nos gustaría insistir en la idea de que el género busca ahora en el paisaje de la mente las maravillas que vislumbró en el espacio exterior. Los mundos oníricos reflejan el interior de la psique y, en ese sentido, conforman un conjunto de símbolos arraigados en la humanidad más allá de los confines del tiempo y

del espacio. Como advierte Ballard, “el único planeta verdaderamente extraño es la Tierra”. Y a la ciencia ficción, en tanto auténtica literatura del futuro, le corresponde el reto de seguir explorando aquella realidad por la que deambulan tan raros y desconcertantes seres.

*Escritor y periodista peruano, autor de los libros de cuentos Caballos de medianoche y Una mujer no hace un verano.